

A UN PASO DEL FIN

Afrontar voluntariamente la soledad es peligroso, tanto que muchos no se atreverán a probarlo ni tan siquiera una sola vez en la vida, y otros, que en alguna ocasión se arriesgaron a experimentarlo, decidirán no repetirlo. Pocos, muy pocos son los humanos que consiguen enfrentarse a la soledad y descubren su maravillosa composición, logrando destilar cada uno de sus elementos y aprovechar sus mágicos poderes.

Vencer la soledad proporciona independencia y libertad, además del deleite que produce la excitación ante la vida y sus escenas. Saber utilizar su energía es como tener a un valioso aliado en los peores momentos, a los que tarde o temprano todos hemos de enfrentarnos.

Aquella iba a ser una noche muy larga, una noche ideal para conocerme mejor, una noche en que las circunstancias intentarían asustarme para hacerme renegar de mis mejores sueños.

Mi situación parecía fuera de toda lógica, pero era bien real que me encontraba atado a un árbol a seis metros del suelo, con las piernas llenas de hematomas, el trasero dolorido por el golpe de la ola del Aleta II y de la caída de esa tarde, las manos agrietadas por el sudor y los dedos repletos de pinchazos; con los dos omoplatos molidos por el peso de la bolsa, los ojos escociéndome por el protector solar que el sudor había hecho resbalar sobre ellos, y con un atosigante cansancio por todo el cuerpo; como también lo era que los mosquitos insistiesen en picarme, que las hormigas no me respetasen, que los animales se paseasen por el suelo, o el escandaloso aleteo de los murciélagos a la espera de que me durmiese para hincarme sus dientes en el lóbulo de la oreja.

La Amazonia es habitada por murciélagos insectívoros, frugívoros, carnívoros y los temibles murciélagos-vampiros, que provistos de incisivos semejantes a bisturís, perforan con facilidad la piel de los grandes mamíferos, la del ganado doméstico y hasta la del hombre. A pesar de su pequeño tamaño su apetito es insaciable y pueden succionar en una sola noche más de medio litro de sangre, ya que su particularísimo estómago les permite chuparla, mientras la van expulsando por el ano. Sus sangrías son debilitadoras y además pueden transmitir la rabia.

—Tranquilo —me dije—. Hoy voy a vivir una experiencia inolvidable.

—¡Y tanto que inolvidable! —intervino el Rey Negro—. Yo de ti la intentaría aprovechar lo mejor posible, por si resulta ser la última —acabó diciéndome con evidente sarcasmo.

—La aprovecharé, no te preocupes. Si es que consigo convencerte para que no me des más la lata —le contesté decidido a no perder el tiempo en una inútil tertulia.

—¡La lata! —exclamó extrañado—. Como quieras, ya hablaremos cuando te duela el trasero y las horas se te hagan interminables.

Y es que la realidad era que aquella partida de ajedrez estaba muy desequilibrada, más bien era injusta, pues a un lado del tablero, en la impenetrable selva amazónica, se alineaba el Rey Negro representando la parte oscura de mí mismo, respaldado por todas sus piezas; la Reina Negra convertida en una provocativa y encantadora brasileña; los alfiles, caballos, torres y peones en salteadores de caminos, indígenas molestos por atravesar sus tierras, animales salvajes y lluvias torrenciales; mientras enfrente y completamente solo, estaba yo, sin más ayuda que mi ilusión por llegar a Lima, donde sería declarado ganador de la partida, claro está, si antes, el Rey Negro y sus piezas, no me daban jaque mate.

La temperatura era lo más perfecto de la noche, no hacía ni frío ni calor. Las luciérnagas, con su simpática fosforescencia rasgando la oscuridad, me distraían con su ir y venir, sobresaltándome en ocasiones al confundirlas con los ojos de un felino.

El croar de las ranas, el chillar de los grillos y el piar de los pájaros resonaban a mi alrededor como una canción de cuna. El cansancio actuaba de somnífero y sin querer evitarlo, me quedé dormido.

Me desperté sin saber cuánto tiempo había estado flotando en la inconsciencia, pero algo más descansado y contento por no haberme caído de la rama.

Continuamente cambiaba de posición, en la más completa oscuridad, para aliviar las partes del cuerpo que sufrían la dureza del improvisado lecho. Dejaba que el peso recayese sobre un glúteo y luego sobre el otro, después en un muslo y más tarde en el otro; también me sentaba sobre la rama con un pie a cada lado, y otras veces como si fuese una silla. Me apoyaba con la espalda a lo largo de la rama y levantaba las piernas para que la sangre se desplazase más fácilmente por las venas. Intercalaba cortos sueños, interrumpidos por sospechosos ruidos y la dureza del colchón. Cuando encendía la linterna y sorprendía a algún mosquito entusiasmado sobre mi brazo, lo aplastaba sin piedad.

Intentando encontrar alguna idea que me ayudase a suavizar tanta incomodidad, se me ocurrió montar con el extremo de la cuerda que me mantenía atado al árbol y el anorak, una especie de pequeña hamaca que hice servir de almohada y sobre la que mi cabeza se abandonó en una dulzona y peligrosa ausencia.

Al dormirme me arriesgaba a que trepase el jaguar y me sorprendiese antes de que pudiera empuñar el machete, para convencerle de que en ocasiones más vale ayunar que cortarse intentando cenar valenciano crudo; pero necesitaba descansar si quería escapar al día siguiente de la trampa en la que me había metido.

Los dígitos del reloj daban la impresión de moverse con lentitud, como si la pila flojease.

Un inesperado foganazo, que alumbró el cielo con un efímero resplandor, consiguió atravesar la techumbre verde, sobresaltándome. No le siguió ningún trueno, pero sí una sucesión de relámpagos insonoros que le dieron más vida a la noche amazónica.

Durante bastante tiempo temí que un aguacero me agriase la velada, pero dejé de preocuparme al comprender que de poco servirían mis súplicas si la tormenta decidía desahogarse sobre aquel rincón de la selva.

Aproximadamente a las dos y media empezó a refrescar y desmonté mi improvisada almohada para ponerme el anorak.

Ni mosquitos, ni hormigas, ni murciélagos, ni ranas, ni grillos, ni pájaros, ni cualquiera de los demás animales consiguieron desvelarme a pesar de su insistencia.

Aquella fue una noche muy larga.

Aquella fue una noche en la que conseguí perderle un poco más el respeto al miedo, aunque todo lo que me rodease me incitara a sentirlo.

Aquella fue una noche en la que me sentí orgulloso de mi poder para transformar los inconvenientes en oportunidades.

Aquella resultó ser una noche, como horas antes había augurado, verdaderamente inolvidable.

Amaneció y me felicité por no haberme enfadado ante la adversidad, y además, haberla disfrutado.

Las abejas hicieron su reaparición y en unos minutos me encontré cercado. Continué esperando a que la claridad insistiese para deshacerme del anquilosamiento que me tenía atontado, pero un repentino y punzante dolor me hizo espabilar al instante. Una abeja me había picado en una mano, y antes de que las demás se malhumorasen también por no estar sudado, no dudé en desatarme y descender del territorio de los monos.

Recogí la ropa todavía empapada, disputándosela a las abejas, y con el machete agujereé un coco decidido a beberme su sangre. Al instante mi rostro se arrugó en una expresión de asco, mientras lo apartaba de mis labios y escupía con desesperación un líquido amargo que me ensució la boca con su desagradable sabor, produciéndome unos picores que tardarían en desaparecer.

De un machetazo partí el coco.

¡Estaba podrido!

Sin perder más tiempo empecé a caminar.

Al llegar al primer descampado me pregunté cómo había sido posible que el día anterior no me hubiese dado cuenta de que ya había pasado dos veces por allí. Resultaba preocupante la facilidad con que mi pensamiento se escapaba de la realidad para vagar entre sueños todavía bastante lejanos, sin entender que estaba jugando a algo muy serio, y que de perder, todas mis ilusiones de una vida sin horario durante todos los días del año, se esfumarían irremediablemente.

La razón de que 12 días antes no consiguiese encontrar la continuación de la Transamazónica se debía a que en aquel lugar trazaba una curva y dejaba el descampado a su izquierda, y no lo atravesaba para continuar hasta el segundo descampado, a partir de donde desaparecía el rastro que había estado siguiendo.

La inesperada curva y la vegetación ocultando el trazado de la Transamazónica, junto con el ramal que se abría hasta el segundo descampado, se habían confabulado para engañarme.

En ocasiones, los yacimientos de *cascalho* no se encontraban cercanos al trazado de la Transamazónica, y se tenían que abrir caminos para transportarlo, como posiblemente había sido el caso del ramal que unía ambos descampados.

—Ahora sólo falta que la bicicleta y mis cosas continúen donde las dejé —y al recordar la dureza y dificultad de los kilómetros que tendría que hacer tirando de la bicicleta, me quedé un poco indeciso, aunque terminé la frase que mi pensamiento estaba pronunciando— y regresar a la hacienda de Edimilson.

Y así hubiese sido, de no haber olvidado que en la selva, hasta lo más sencillo, se complica en cuestión de segundos.

Atravesé el descampado y antes de adentrarme bajo la espesura, tendí toda la ropa sudada sobre las ramas de unos arbustos. Después escondí mis cosas, a excepción de la bolsa roja que me colgué al hombro, y con el machete en la mano fui avanzando mientras mi corazón se excitaba como si estuviese acercándome a un río de aguas mágicas, que concediese el poder de la vida eterna a quien se bañase en él.

Pero mi cita era con alguien muy especial, pues con ella me había enriquecido de sabiduría en nuestros viajes, además de ayudarme a ser más fuerte de lo que nunca creí que podría llegar a ser.

Tras sortear inmensos árboles me detuve ante un montón de hojas secas. Al apartarlas pude ver una bicicleta mojada que me dio la impresión de estar molesta por mi tardanza.

—¡Hola! Ya estoy aquí.

La contemplé durante unos instantes, luego la volví a enterrar bajo las hojas y me alejé dispuesto a llegar al segundo descampado para recuperar las cosas que dejé colgadas a un árbol, dentro de una de las alforjas, si es que las hormigas cortahojas que vivían a escasos metros en unos enormes hormigueros que sobresalían del suelo como volcanes en miniatura, no me las habían destrozado.

Me sentía contento por haberla encontrado y dando machetazos a las lianas y a los rabos de camaleón, esquivando ramas y árboles, saliendo del trazado de la Transamazónica para rodear infranqueables paredes selváticas, chafando hojas, salvando los tobillos de las raíces que sobresalían por encima de la tierra, fui avanzando sin darme cuenta de lo que estaba a punto de ocurrirme.

Las copas de los árboles, allá en las alturas, me protegían de los rayos de un sol abrasador, mientras la claridad que conseguía filtrarse era la justa para verlo casi todo.

Me sentía vibrar por el entusiasmo que me excitaba deseoso de ayudarme en mi obstinada idea de atravesar la selva amazónica con la bicicleta, en solitario y por la ruta más larga.

De repente, noté algo extraño, y al instante mi atención regresó de sus correrías por las latitudes de la fantasía y se quedó aterrorizada al darse cuenta de lo que había estado pasando durante su ausencia.

¿Me había perdido?

Continué caminando desviándome con la intención de encontrar el *cascalho* del camino, pero no apareció, luego giré hacia el otro lado, pero tampoco lo encontré.

¡Era evidente que me había perdido!

—Tendría que regresar sobre mis pasos —me sugerí; pero ya no sabía como hacerlo—. Tendría que recordar por qué lado del camino me salí —me dije; sin conseguir arrancar de mi confusa memoria una información que necesitaba, si no quería pasarme los próximos días vagando por la selva como desesperado sonámbulo.

Eran las 8.51.

Consulté mi libreta de anotaciones y comprobé que había llegado al primer descampado hacía 40 minutos. Y recordé que 12 días antes había recorrido la distancia entre la bicicleta y el segundo descampado en media hora, y aunque no sabía en qué lado del camino me encontraba, cuando me salí debía faltarme poco para llegar al segundo descampado.

Miré con desesperación buscando algún lugar donde los rayos del sol llegaran hasta el suelo, intentando encontrar esa isla de luz en medio del mar de sombras, pero los árboles, antes preciosos y ahora siniestros, lo cubrían todo.

Abriéndome paso con el machete, vagué de un lado a otro sin encontrar ningún indicio del camino y quedando completamente desorientado.

No llevaba brújula.

¡No tenía ni idea de dónde estaba!

—¿Cómo he podido ser tan imbécil? —me pregunté en voz alta, esperando una contestación que ya no tenía importancia.

Una vez más mi despreocupación me había traicionado y me estrangulaba como una soga rodeando mi cuello.

En ocasiones, estúpidamente, me convertía en mi peor enemigo.

Un amago de nerviosismo intentó invadirme, pero fue repelido por mi tranquilidad, consciente de que sólo sangre fría y mente clara podían salvarme de una terrible odisea con desagradable final.

A machetazos fui abriendo un pasillo que me condujo hasta un riachuelo seco con algunos charcos repletos de pisadas, entre las que destacaban enormes huellas de jaguar.

De pronto me sentí arrinconado contra las cuerdas, mientras un derechazo me desequilibraba y un gancho de izquierda salía proyectado contra mi mandíbula, pero en el último instante conseguí esquivarlo, diciéndome:

—Bien, algo de bueno tiene que haber en todo esto; y quizás sea el que ahora voy a saber lo que se siente cuando el verdugo despliega todo su macabro ritual de muerte, esperando que se le implore piedad.

Y me senté sobre una piedra, ante el riachuelo, a pensar.

Aunque en mi interior aún no había sonado la alarma, una espesa angustia iba impregnando mis células de una sustancia pesada y venenosa, que intentaba paralizarme.

¿Cuánto tiempo me quedaba antes de que la asfixiante angustia consiguiera vencerme definitivamente?

No lo sabía. Todavía mi cabeza y mis músculos me obedecían; todavía debía quedarme alguna posibilidad de encontrar la salida de aquel laberinto repleto de árboles y animales; todavía estaba dispuesto a cambiar aquella realidad aunque no supiese cómo.

—Te lo advertí —me gritó el Rey Negro—. Te lo advertí y no me hiciste caso. Ahora vas a morir.

—Eso ya lo veremos —le contesté encorajinado.

—Vas a morir. Estás a punto de realizar tu último movimiento, así que tómate el tiempo que quieras, porque es lo único que te queda.

—Si ha llegado mi momento, aquí estoy.

—Eres un estúpido sin remedio.

—Tienes razón, pero sigo prefiriendo morir entre los dientes de cualquier animal, que de aburrimiento en mi casa.

Sólo los pájaros decían algo, pero no lo que necesitaba oír.

Aunque el nerviosismo intentó un nuevo ataque, era consciente de que lo más importante era conservar la calma, y no dejarme invadir por una desesperación que cegaría mi capacidad de análisis.

¡Y vi la luz a mis pies!

En el riachuelo había piedrecitas y tierra roja, *¡cascalho!*, que seguro había sido arrancado del camino por el agua.

Me levanté y empecé a ascender por el riachuelo hasta que el rastro de *cascalho* desapareció y me encontré ante una pared de dos metros de altura, que al llover debía convertirse en una preciosa cascada.

Alguien había apagado la luz, dejándome de nuevo a oscuras.

Un gran charco de agua clara me tentó a robarle parte de su líquido; por lo menos ya sabía donde encontrarla cuando la necesitase, ya que con la excesiva humedad del ambiente, el calor y mis movimientos, sudaba como si estuviese metido en una sauna.

Me di la vuelta y regresé hasta la piedra que minutos antes me había servido de asiento, y continué descendiendo el riachuelo siguiendo las sinuosas curvas del pequeño cauce. Tuve que meter los pies en el barro, apoyarlos sobre troncos podridos que bajo mi peso cedían como si fuese cartón, pisar montones de hojas secas que protestaban crujiendo; tuve que esquivar los árboles y agachar la cabeza para no golpeármela contra las ramas; y tuve que repetirme que tantas huellas de jaguar en el lecho no eran preocupantes, al menos hasta que atardeciese.

Avanzar se hacía a cada paso más difícil, el riachuelo en algunos lugares se desbordaba por la pendiente de la montaña, y algo me dijo que regresase si no quería acabar todavía más perdido de lo que ya lo estaba.

Y me senté de nuevo en la misma piedra. Necesitaba pensar, necesitaba trazar un plan para salir del fondo de aquel agujero, lo necesitaba porque estaba en juego mi vida y todas las cosas que había soñado hacer con ella.

Aunque el nerviosismo aún no había conseguido avasallarme, mi mente seguía bloqueada, sin darme la información que precisaba.

—¿Cómo he podido ser tan imbécil? —me recriminé una vez más.

Aunque la desesperación aún no había encontrado la forma de devorarme, en cambio el enfado me pegaba cada mordisco que me atontaba.

—Aaaaaah... —grité de rabia.

No era bueno dejarse paralizar por el miedo, no, pero tampoco lo era amputarlo totalmente y actuar como un temerario; eso era peor.

—¿Cómo es posible que en un lugar tan inhóspito y peligroso haya cometido un error tan infantil?

¡Qué cosas tiene la vida! Después de haber salido de tantas emboscadas a lo largo de tantos viajes, todo estaba a punto de terminar por culpa de un estúpido despiste.

—¡Socorroooo...! —grité con todas mis fuerzas escuchando como única respuesta el silencio.

—¡Auxilioooo...! —volví a gritar, sin ni siquiera asustar a los pájaros que continuaron conversando como si nada estuviese pasando.

Nunca antes había necesitado pronunciar tales palabras, y me sonaron raras, tanto que a punto estuve de ponerme a reír, si no llego a recordarme que lo que me estaba ocurriendo no era ninguna broma.

Antes de empezar el viaje sabía que podría encontrarme cara a cara con la muerte, y pensaba que de ser así no le tendría miedo; pero claro, prefería seguir viviendo.

Descendí otra vez el riachuelo, llegando algo más lejos que la vez anterior, y me detuve en seco en cuanto oí chapotear; el ruido era fuerte por lo que creí que me encontraba cerca de un río y que los animales debían ser grandes, así que di media vuelta para ir a sentarme otra vez en la misma piedra.

Los segundos transcurrían mientras las preguntas continuaban sin respuestas. De vez en cuando una ligera brisa de aire fresco me acariciaba, intentando transmitirme unos susurros de ánimo.

Un agudo dolor en mi interior me avisó que el nerviosismo y la desesperación empezaban a arrasar mi interior, e inconscientemente me puse a caminar abriéndome paso a machetazos en una dirección elegida al azar. La desesperación y el nerviosismo se acercaban a mi torre de control, mientras huía alejándome del único sitio de referencia, hasta que finalmente el nerviosismo y la desesperación acabaron con todas mis defensas e izaron su bandera negra en mí; y el verde de la floresta, el gris de los troncos, el marrón de las hojas caídas y el brillo de la claridad se desintegraron quedando todo a mi alrededor del único color que mis ojos podían ver, de color negro, negro muerte.